

# Optimismo

(De *El Universal*, México, D.-F.)

LA humanidad gusta de ser engañada. No toleramos a los que están hablándonos constantemente de errores y calamidades. En cambio escuchamos con agrado a todo el que promete aun cuando sea un disparate lo prometido. Lo mismo es para el caso la novia ingenua que el público lector. Queremos que se nos diga que todo va bien aun cuando estemos desesperados. Todo menos la verdad parece ser nuestro voto secreto. El hombre teme a enfrentarse con la realidad, tiembla ante el vacío del porvenir y sólo se consuela con el ensueño, por eso se aferra a la ilusión y aplaude al poeta que finge mundos irreales, aunque llega también el instante en que nos preguntamos si no es también un fracaso el ensueño. Pero tales instantes de extrema duda, no son comunmente sino síntomas de fatiga o consecuencia de enfermedad. Es el cuerpo, el que pretende, el que se ve perturbado, a arrastrar a su nada al espíritu.

Para el espíritu hay una certidumbre optimista que no es concebible negar: el poder del espíritu, la realidad del espíritu. Esta certidumbre resiste la prueba temporal del sueño y la prueba tremenda de la muerte. Llega a ser un consuelo quedarse dormido o entregarse a la muerte para encontrar un baño de juventud: para iniciar un nuevo avatar, cada día, en la fresca mañana o al día siguiente de la muerte, en otra manera mejor de existencia. Hasta este punto mi optimismo, casi no tiene dudas.

Pero hay otra clase de optimismo con el que no es posible transigir. Si se llama optimismo, disimular el error en vez de proclamarlo, si es optimismo echar en olvido el crimen, en vez de procurar su castigo, entonces no sólo no deberemos ser optimistas, sino que deberemos tachar de cobardes a los que así se dicen optimistas. Sonreír delante de la injusticia equivale a aducir complicidad. El optimismo es digno de aplauso pero sólo después de que la crítica ha saneado el ambiente y después de que se ha denunciado y se ha vencido el mal. En los instantes del combate hay que tener presente todo el mal enemigo y todo el dolor de los hombres. En tales instantes vale más merecer tacha de pesimismo que caer en complacencia degradante. Culpa será de la época y no de nosotros si después de que la juzgamos lealmente, resulta una sentencia de general condenación. No hay que decir entonces que nosotros somos pesimistas sino que la época es vil.

A ratos quisiéramos dejarnos seducir; es tan agradable eso de pasar por la vida repartiendo sonrisas lo mismo al honrado que al pícaro;—más obsequiosas para el pícaro, si por virtud de la regla, obtiene poder—, que es difícil no ceder al contagio. ¿Que, no hay nada bueno? preguntan algunos; algo bueno debe haber de qué hablar y ¿para qué entonces estar no más señalando defectos? Si bien se examina a estas gentes, resultan ellas más verdaderamente pesimistas que el que pasa la vida denunciando iniquidades; por lo menos, a tales sujetos, no se les puede calificar de optimistas sino, cuando más, de mediocres conformistas. Cierran los ojos a la iniqui-

dad y se entretienen contando los casos que todavía no han sido afectados por el mal avasallador e insolente. Mucho más optimismo verdadero hay en el idealista, siempre inconforme y a la vez resuelto a no tolerar la iniquidad y empeñado en combatirla, pues tal empeño revela la certidumbre de que es posible implantar el bien. En el fondo, los verdaderos pesimistas son esos de la sonrisa amable y el disimulo prudente. Realmente optimistas son los que se atreven a echar abajo todo un castillo de mentiras, a causa de que tienen confianza en que es posible levantar castillos de verdad.

Pesimismo de la realidad, optimismo del ideal; he aquí una fórmula que podría ser fecunda. No conformarnos nunca, pero estar siempre más allá y superior al instante. Repudio de la realidad y lucha para destruirla, pero no por ausencia de fe, sino por sobra de fe en las capacidades humanas y por convicción firme de que nunca es permanente ni justificable el mal y de que siempre es posible y factible redimir, purificar, mejorar el estado colectivo y la conciencia privada...

Existe una solución muy fácil, propia del optimismo trascendental: negar esta vida, condenarla totalmente y poner la fe en la otra. Pero nuestra época se distingue de las anteriores en que no se conforma con ese optimismo trascendental que es salvador para el individuo, pero insuficiente para la sociedad. Nuestra época quiere un optimismo más inmediato, quiere que esta misma vida del mundo se vuelva más moral y más grata. Quiere que no haya engaños ni hipocresías. Antes engañaba el fraile, ofreciendo la salvación eterna a cambio de limosnas que enriquecían a una casta. Hoy engaña el político, ofreciendo repartos a costa del rico, pero sólo con el objeto de suplantarlo en el acaparamiento de los bienes ajenos. Esta edad no debe tolerar ninguna de las dos farsas. Denunciar esas farsas, no es pesimismo, es optimismo, porque revela fe en que nuestro pueblo sabrá sacudir esos yugos. Si no creyésemos en las capacidades del alma colectiva, no estaríamos discutiendo, criticando, pensando en voz alta; seguiríamos uno de los dos caminos que se abren delante del escéptico: el camino del bandolero o el camino del solitario. O caballero feudal o monje de la Tebaida; es decir, renuncia absoluta o acaparamiento de lo ajeno junto con todos los pícaros. Pero ya nuestra edad no es eso. Nuestra edad es optimista, respecto de la vida de aquí abajo, por eso lucha y se empeña, y si a veces parece pesimista es porque exige que lo actual se reforme y mejore. Censuramos hoy lo que hace dos o tres siglos se veía como muy natural.

Que el hipócrita se enriquezca, que el rico oprima, todo eso, natural antes, ya no es tolerable hoy. Y no lo es porque hoy se sabe que los pueblos pueden ser gobernados y gobernados bien por los hombres honrados y sólo por los hombres honrados. Así pues, toda esta agitación contemporánea que a muchos espíritus tímidos parece un signo de decadencia y de escepticismo, en realidad constituye una fuerte prenda de optimismo y de fe: porque no nos moveríamos con la pasión de la censura si no supiésemos que el bien puede ser de este mundo. Ya no nos vamos a la Tebaida; preferimos quedarnos a dar guerra en el mundo.